Consecuencias de un gesto de galantería
Autor: Manolo Campa

Antes del confinamiento domiciliario provocado por el Corona virus, la salida al "grocery" era una de las actividades más gustada por mi esposa. El supermercado es la institución moderna que más realce le ha dado a la mujer de hoy. La mía se siente cartógrafa porque sabe lo que hay en cada estante y en cada hilera de estantes.

Voy a relatar lo acontecido la última vez que fui con ella. Agradezco de antemano la solidaridad de otros que han tenido experiencias similares.

Los hechos ocurrieron así: En un sincero gesto de galantería me ofrecí a acompañar a mi mujer a hacer las compras de los víveres. Cuando salimos de casa calculé que en media hora estaríamos de regreso. ¡Error! Al "grocery" acompañado de una mujer locuaz que es abuela de una docena de nietos no se puede ir con apuro. Allí, además de comprar, comparte con amigas y conocidas. Es el espacio de una peña de narradoras de eventos familiares y de todo tipo.

Desde que estacionamos el auto se apoderó de mi esposa una altanería parecida a la del tiranuelo que destruye hoy a Venezuela. Me ordenó que le echara mano a un carrito que estaba cerca de donde estábamos. Me indicó con arrogancia que colocara dentro de él unos artículos que, en su momento oportuno, iba a devolver.

Cuando la puerta de cristal se abrió y nos dio paso, la transformación iniciada en el parqueo alcanzó su culminación: Ella entró triunfal. ¡Al frente, altiva como el general al mando! Yo, detrás con mi carrito, paciente, subordinado… como su ordenanza, el soldado raso que asiste a un superior.

El momento oportuno para la devolución fue al entrar. Le puso mala cara al empleado que recibió lo que estaba devolviendo. Por los síntomas que presentaba deduje que tenía la bilis revuelta. Diagnóstico equivocado: Cuando se encontró con una de sus amigas, la actitud de sargento de reclutas se tornó en la personalidad encantadora del político que ofrece sonrisas y camaradería en los últimos días antes de las elecciones.

El supermercado es su foro. En él se encuentra con otras abuelas y jubilosa comparte y delibera con ellas sobre acontecimientos recientes, el aborto, la marihuana, el peaje, las cámaras en los semáforos, colores de esmaltes para las uñas, y coordina el "pool" de abuelas-choferes que llevan y traen, turnándose, a los muchachos que disfrutan de ese intercambio de transporte escolar.

Frente a la sección de carnes celebra una mini asamblea: recomienda a profesores de judo, karate, natación y a maestras de ballet, piano y guitarra. Habla bien o habla mal, de maestros de álgebra o inglés… de profesores de religión o educación física. Respalda y defiende al monseñor y al diácono americanos que a la salida de las misas tratan de hablarnos en español sin mucho éxito.

Ya de recorrido por los pasillos de la gran bodega, en una ocasión la perdí de vista: Yo entré por la hilera seis para seguir hacia la siete y ella salió de la seis para volver a la dos en busca de algo que había olvidado. Con cómodo razonamiento masculino no la seguí, la esperé allí, donde correspondía, al final de la siete.

Cuando ya estábamos terminando de comprar, de atrás de una torre hecha de latas de salchichas, emergió la abuelita de uno de los compañeros de nuestro nieto mayor que es un futuro campeón de tenis.

Sin presentir lo interminable de la respuesta, le pregunté por el "campeón". Me hizo una reseña, jugada por jugada, de los últimos juegos en que participó su nieto tenista. Cuando terminó sentí el mismo alivio que experimenté cuando, después de estar un montón de días clavado frente al televisor viendo las olimpiadas, se extinguió la llama olímpica.

Al fin terminamos de comprar y llegamos a una de las filas donde se paga y "encartucha" lo comprado. Dos americanos estaban delante de nosotros. El esposo sacaba cuentas con un aparatico como los que usan en los juegos de béisbol los "umpires de home" para llevar el conteo de las bolas y los "strikes".

Detrás de nosotros una viejita, en español, hablaba sin parar. Decía maravillas de su difunto esposo, sus nietos y su hijo, y horrores de su nuera, el costo de las dentaduras postizas, el alcalde de Miami, la música de moda, el "medicare", el servicio de ómnibus y el calor.

Mi esposa, en una admirable demostración de cordialidad, jovial seguía saludando y hablando con todos. Parecía que conocía a todo el mundo o que todos sus conocidos habían ido a comprar el mismo día, a la misma hora.

Este relato, como las películas de antes, tiene un final feliz: la protagonista que al comienzo era altanera, autoritaria… termina siendo afable, encantadora.